

Textos
Urbanos

La Mirada

Rubén López Rodríguez



FONDO
EDITORIAL
ITM



LA MIRADA

Rubén López Rodríguez



La mirada

© Instituto Tecnológico Metropolitano

© Rubén López Rodríguez

Hechos todos los depósitos legales

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial

Lila María Cortés Fonnegra. Correctora de textos

Viviana Díaz. Asistente editorial

Alfonso Tobón Botero. Diseño y diagramación

Sello editorial Fondo Editorial ITM

Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 Ext. 5197-5382

Editado en Medellín, Colombia / noviembre de 2018

www.itm.edu.co • <https://fondoeditorial.itm.edu.co/>

López Rodríguez, Rubén, 1956-

La mirada / Rubén López Rodríguez. -- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2018.

196 p. -- (Textos Urbanos)

ISBN 978-958-5414-38-9

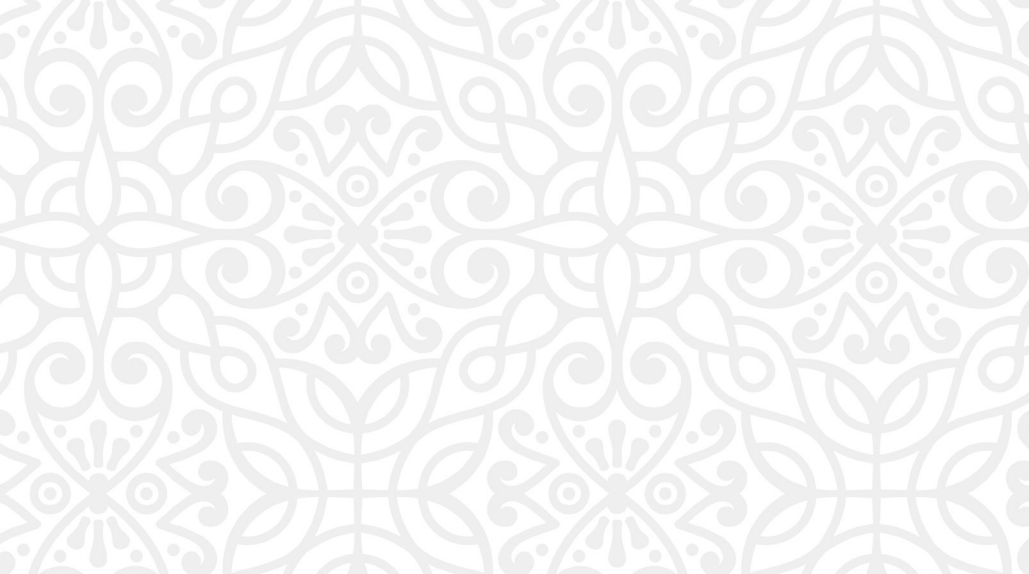
1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

*Sé que hay en el hombre una fuerza
que, rodeada de celosos cuidados,
puede fructificar en una extraña energía.*

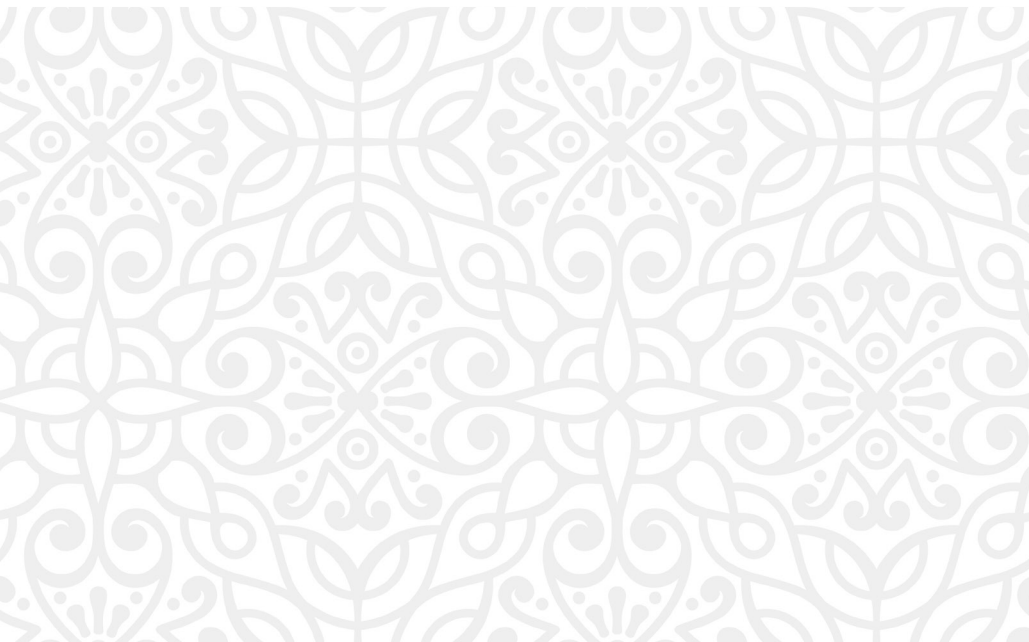
Novalis



I
EL NACIMIENTO DE UNA GENIALIDAD

*El órgano con que yo he
comprendido el mundo es el ojo.*

Goethe



Uno

Al nacer lanzó un grito estridente que sonó como una ráfaga en el reposo de la clínica, mas no rodó lágrima alguna por sus mejillas de uva champaña. Miraba hacia distintos lados de la habitación iluminada, examinando con gravedad de filósofo trasnochado a quienes asomaban a su reino. Dirigió el ojo derecho, húmedo y tierno, hacia la lámpara que iluminaba el cielorraso, a la vez que fijaba el ojo izquierdo sobre la cara trigueña de su madre; se hizo largo y traspasó el cristal que relumbraba en la ventana con persiana y retornó como si fuera a buscar la medida del tiempo en el reloj de pared que marcaba las cinco menos cuarenta de la madrugada. Sus ojos no nacieron fijos, pero sí como los de un ser de otro mundo y sin la telita opaca que nubla la vista.

Cuando su madre, Ada Luz Fuentes, comenzó a hablarle y hacerle pucheros, un fenómeno retuvo su atención: el bebé miraba con un ojo para delante y con el otro hacia un lado. El médico murmuró al oído de la enfermera:

Venga y vea unos ojos de camaleón.

La enfermera cargó al niño y mientras lo acunaba abrió una ráfaga de asombro: con un ojo el chiquitín le daba un vistazo y con el otro atisbaba de reojo al médico, a la manera de un camaleón meciéndose en una rama florida. Con sus grandes ojos seguía las acciones de las enfermeras, le guiñaba uno a la más atractiva y el otro lo

dirigía hacia los guantes y el estetoscopio del médico de turno que lo auscultaba. A diferencia de cualquier bebé distinguía los colores y focalizaba con claridad objetos y ademanes. Nunca había ocurrido algo semejante en el mundo y menos en los ochenta años de existencia de la clínica de Mafala, ubicada en el sur de la ciudad.

Ada Luz le impuso el nombre de Roberto, que por cierto no era del gusto de su marido, Alfaro Matiz, un comerciante de gafas y lentes con poco tacto y falta de visión. Era el nombre de un joven de quien ella se había enamorado en la adolescencia, en especial de su mirada cándida, colmada de serenidad; pero él nunca supo que ella existía.

¿De qué color serán esos ojitos?, se preguntaba su madre en la casa, besando y mirando la cabeza del recién nacido mientras le daba agua de panela con leche del biberón. Aquellos ojos cafés le parecían al recién nacido bellos, profundos y apacibles.

El asombro invadía la familia al advertir que por momentos los ojos del bebé lucían cafés como tabaco, negros como torta envinada, pardos como hembra pinzón, grises como cielo plomizo, azules como cielo de verano, verdes como hierba de invierno, dorados como trigal del llano. Los ojos le cambiaban de tonos claros a oscuros y de oscuros a claros, no tanto por el paso de las horas como por los objetos que a diario cruzaban frente a él. Su mirada adquiría el tinte de una cosa que observara en ese instante, siempre y cuando predominase en ella un solo matiz: el azul de un sonajero, el marrón de un techo, el blanco de una pared...

A los seis meses de edad podía realizar lo que cualquier bebé haría a los nueve, hecho inusual que se reflejó en un acontecimiento. La mañana clara en que Ada Luz

lo cargaba en su habitación, pero sobre todo lo veía en el espejo, el niño vivenció una intensa felicidad al ver su imagen por primera vez. Con un júbilo de mímica gozosa se volvió hacia su madre para buscar aprobación y esto era un indicio de que reconocía su cuerpo distinto al de ella. Ada Luz mostró una tetina ante el espejo y el bebé volteó de nuevo la cabeza para dirigir la mirada hacia ese objeto, y como entendía que la tetina estaba en otro espacio distinto a la luna de cristal, ya se reconocía a sí mismo; contrario a cualquier otro bebé que habría estirado la mano hacia el espejo para tratar de coger la tetina, todavía no se reconocería en él y al frente vería a otro niño, como el gallo de pelea que ataca al gallo del espejo.

Identificaba su cuerpo («Ese soy yo») con las palabras de su madre que le permitían registrar su imagen:

Mire a mi bebé, qué ojos más lindos...

Lo que Ada Luz no resaltaba era su capacidad camaleónica para mover por separado cada uno de los ojos. Eso le parecía horroroso. En cambio, le fascinaba que sus ojos podían cambiar de color de acuerdo con las cosas que mirasen.

Convencidos de tener un hijo enfermizo por lo esmirriado, los esposos Matiz decidieron trasladar su cuna a la alcoba de ellos. Una mañana el bebé los vio revolcándose entre las sábanas y desde entonces su miradera mortificaba a la pareja, que sentía vergüenza de su propia desnudez, motivo por el cual lo ubicaron en otra habitación con vista a la ciudad. A pesar de no temerle a la oscuridad, pues una vista nictálope le permitía ver en medio de ella, Roberto despertaba en las noches y el miedo a la soledad lo hacía estallar en llanto. Don Alfaro se levantaba para acostarlo en medio de la cama matrimonial.

A sus cinco años de edad, contiguo a la casa, vivía Ofir, una niña de ojos color aceituna, con un verde lánguido de la mirada propenso a la tristeza, que gustaba proyectarse sobre el agua inmóvil de un estanque florecido de lotos junto al lavadero. No era pizpireta como su madre, pero tampoco sansiroolé como su padre. Luego de un intenso ojeo mutuo en el andén, que Roberto no pudo mantener por la mirada sostenida de la pequeña, vocalizaron unas cuantas palabras por iniciativa de ella. Ofir era una chiquilla pálida, delgada como un alambre; con los ojos circundados de ojeras, unas veces adormilados y sin alarma, pero en otras con un asomo de picardía. Aquellas miradas suplían el despojo afectivo del niño, entre otras razones por no haber sido alimentado con el pecho materno.

Tiempo después, en la calle de la vecindad la encontró sucia, raída la falda a cuadros blancos y azules. Ofir se ruborizó al sentir la mirada aguda sobre todo su ser y entró a la casa avergonzada. Si bien a partir de ese momento la niña ya no le gustaba lo suficiente, su mirada seguía con un no sé qué que lo hacía vibrar. Alentado por el juego de las ojeadas mutuas, cuando quería jugar tocaba la puerta de la vivienda de la pequeña; algunas veces le decían que estaba dormida y esa frustración le producía disgusto («El día no se hizo para dormir»).

En la época decembrina el tío Vidal llegó desde la población de la Felicia con el primer regalo de alguien que no fueran sus padres, una pelota de caucho de pintas rojas y azules envuelta en un celofán transparente. Lo que más le impactaba del tío era su hábito de sentarse en un taburete con cuero de vaqueta y fijar la mirada perdida sobre el espacio vacío hasta quedarse dormido. Era la única forma en que el tío Vidal callaba la voz, una voz nasal que usaba a través de frases muy largas.

Un día brumoso, Roberto estrenó la pelota jugando fútbol en la calle con los amigos de la cuadra. El esférico se fue por encima de un muro de la casa de Ofir, cuyo borde estaba provisto de filudos pedazos de vidrio para atender a los ladrones, rompió una telaraña y fue a dar a la cabeza del padre, que en ese instante se lustraba los zapatos en el patio. Presa de la rabia, el hombre de mirada torva y negra como la de un gallinazo sacó una navaja del llavero que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón, tasajeó la pelota casi hasta un polo y la tiró vuelta hilachas a la calle donde los niños aguardaban con mirada expectante.

En una ocasión, en el solar de la casa de Ofir, sembrados de manzanos, Roberto jugaba escondidijo con la niña; los pollos seguían tras la gallina y picoteaban granitos y gusanos. De un momento a otro la pequeña se sintió muy cansada, como una llama que parpadea para luego consumirse, y sin decir palabra se dirigió a su dormitorio, se tumbó sobre la cama y se durmió al instante.

A Roberto le había resultado suficiente con un vistazo en la alcoba para apreciar allí muy pocos juguetes. Reprodujo en la mente la imagen de una muñeca, en lo alto de un escaparate, con ojos azules de vidrio y un vestido con frutas de colores, mirando indiferente la pared donde desfilaba una apretada hilera de hormigas.

En el solar, donde crecían matas de plátano, no podía olvidarse que el padre de Ofir fue el tirano que había destrozado el preciado aguinaldo del tío Vidal. Sus ojos grandes y soñadores, que el paisaje pintaba siempre de acuerdo con su color, quedaron como fijos hacia lo lejos, ceñudos, tramando una venganza. Agarró uno de los pollos que picoteaba en la tierra, lo envolvió en un pedazo

de periódico que encontró a la mano y con una piedra lo destripó contra el suelo.

De un modo lento a la niña, que había heredado de la abuela materna el verde desvaído que alumbraba su alma, se le iba entristeciendo la mirada aceituna como si empezara a sentir la enfermedad que la llevaría a la muerte, al modo de aquellos insectos que nacen al amparo de la noche y nunca ven el día porque mueren antes del amanecer.

En casa de Roberto, en la cocina Ada Luz rallaba coco para hacer un dulce y Saray y Zenobia, las dos hermanas mayores, le contaron que Ofir había muerto de neumonía. Al escuchar la noticia desde el comedor, en que ingería de media mañana leche fría con bocadillo de guayaba, Roberto no sintió sufrimiento alguno.

Se fue de viaje y volverá con su picardeo de ojos, fue lo único que dijo.



II

Obra y milagros de nuestro personaje

*Quien no comprende una mirada
tampoco comprenderá una larga explicación.*

Proverbio árabe

Trece

Estudiante de fotografía en la Academia el Oso de Anteojos, el joven Roberto Matiz vivía en una ciudad donde la violencia se ejercía con la mayor crueldad. En Mafala y sus fuerzas deshumanizadoras que, como antes lo fue Viena, era la escuela más dura pero también la más completa, no se sentía el profeta Jeremías enviado para reprender a los mafalos obstinados en extraviar la senda de la rectitud. Era más importante el dinero que las artes y no reparaban en los medios para conseguirlo. No eran amigos de nadie, salvo por la utilidad que el otro pudiese prestar, como en la política donde no hay amigos sino intereses.

La mirada inquisidora pretendía leer las intenciones de los demás, violentar el respeto que toda persona desea para sí, traducirse en gestos persecutorios de desprecio que atentan contra la dignidad. Las mayorías mantenían su mirada recelosa, incluso entre vecinos y amigos, y era corriente que mediante la sospecha proyectaran sus propias tendencias malévolas. Se enfilaban miradas expectantes de ladrón a la manera de gallinazos esperando en los tejados a que los curiosos desalojen un callejón para lanzarse sobre un cadáver. Lo importante consistía en vigilar como un centinela hasta confirmar aliviados la inocencia o descubrir alelados la peor de las intenciones.

En los barrios el cruce de miradas era con ojos de perro desconfiado como si fuera una suerte de paranoia colectiva. Deambulaban por doquier miradas esquivas, ceños fruncidos, rostros marcados por la desesperanza. Quien salía de su casa echaba ojeadas en torno suyo para ver si sus tormentos funcionaban. La mirada vigilante era un arma tanto o más poderosa que las pistolas, los puñales, las metralletas, las granadas, los fusiles, artefactos que estaban más en boga en el país que un artista o un deportista con aureola de estrella. Solo la capital del país tenía un carácter cosmopolita y las demás ciudades, en especial Mafala, no eran más que aldeas con semáforos donde se enjuiciaba toda clase de comportamiento.

El prejuicio campeaba. Al otro se le juzgaba sin saber quién era en realidad, practicando el deporte nacional de primero condenarlo y luego averiguar si es culpable o no. Era, pues, evidente que la mirada alcanzaba una dimensión de enorme importancia en una ciudad donde no existía familia que no hubiese sido martirizada por el asesinato, ultrajada por el secuestro, humillada por el atraco, asaltada por el robo, conmovida por la extorsión.

Una tarde de golondrinas, al atravesar el parque de Berrío, Roberto observó la rutina de una pareja de ciegos que cantaba acompañándose de una guitarra tocada por el viejo. El mes de julio recorría una luz que encandilaba («Si no hay luz no ves nada y si hay mucha luz te encegueces») y el aire estaba salpicado de risas y conversaciones, pero sobre todo de miradas prevenidas. Las mujeres reparaban en otras como esperando ver en qué criticarlas. Un hombre les tiraba maíz a las palomas parquesanas que picoteaban en el suelo.

Deslumbrado por la claridad del día se encaminó hacia el *Teatro Libia*. En el Museo de Mafala, situado en la

plazuela Nutibara, se cercaba la mirada a la manera del templo inspirado en el augur, que en la Antigüedad trazaba un cuadrado en el cielo para observar en ese espacio el vuelo de las aves y hacer sus predicciones con vistas a la acción pertinente.

Llegó al teatro para ver la película *Gritos y susurros*, del director Ingmar Bergman. El cine seguía siendo la diversión que más satisfacía su pulsión voyerista desde niño, hasta ser testigo del triste espectáculo de la demolición de los teatros para dar espacio a las asfixiantes salas de cine de moles y centros comerciales. Mientras esperaba llegar a la taquilla sus pacientes ojos se detuvieron en el aspecto singular de un joven que pasaba como un sonámbulo por el andén del frente, vestido de negro, pálido, encorvado y de mirada gacha, con un morral negro a sus espaldas como una pesada carga («El negro es el color del duelo, de la muerte, de la destrucción»). El muchacho quiso entrar al edificio contiguo al teatro, pero el portero se lo impidió.

Porque para ingresar a cualquier edificación, sobre todo si era de pórtico elegante, no se podía escapar de la mirada acusadora del vigilante («¡Usted debe ser un delincuente!») y quien se sintiera fiscalizado de ese modo era posible que dirigiese los ojos hacia el celador como buscando una culpa que no era la suya. Al igual que en otros lugares (salvo el teatro que era como un oasis en el desierto de afecto), en los almacenes reinaba una calma chicha y los empleados miraban de reojo a todo el que llegara imaginando que, si bien podría ser un comprador, también podría ser un atracador o un ladrón, algún informante de una banda de secuestradores o un sicario que iba tras de una víctima a la que no conocía sino por la foto para cumplirle un ajuste de cuentas a otro.

Si un transeúnte sentía pasos detrás volteaba a mirar prevenido, cuando no con expresión de reproche, aunque el supuesto perseguidor no tuviera la menor intención de hacerle daño. En una calle solitaria era suficiente con que una mujer topara con un hombre para encasillarlos como un posible atracador, ladrón o violador; bajaba de la acera con disimulo aparente o pasaba la calle a fin de caminar por la acera del frente como un cuervo de mirada alerta.

En los centros comerciales las personas no paseaban, sino que pasaban con las cabezas siempre vueltas hacia las mercancías exhibidas y sus miradas les eran devueltas luego de resbalar por las vitrinas; las miradas no convergían como en el centro de la ciudad, en el círculo vicioso del perpetuo vaivén de la demanda nunca satisfecha. En cambio, en el centro las miradas se cruzaban en pos de sostenerse, para reconocerse o por el contrario evitarse; el centro de la ciudad era un lugar de *encuentro*, los centros comerciales un lugar de *paso*.

De noche en su casa, recostado en la cama mirando hacia el techo mientras reflexionaba sobre la película («La vida es un tejido de mentiras»), a la luz de una bombilla de cien bujías (necesitaba luz, mucha luz para no sentir angustia, motivo por el cual en las noches prendía las luces que no estuvieran encendidas), evocó de su infancia los guiños seductores de su madre hacia él sentada sobre las piernas de Alfaro y el odio se le salió por los ojos. Detestaba de tal manera aquel guiño de Ada Luz que por ningún motivo le picaba el ojo a una mujer (también recordaba los guiños de la fatal Azucena), sin importarle la sensualidad que ella destilara por los ojos o que derramara por todo su cuerpo.

A la mañana del día siguiente, afeitándose en el baño (le encantaba la magia del espejo del botiquín como un

estanque apacible que refleja el mundo), por su cabeza cruzaron los ojos melíferos de una colegiala, de nombre Dulce María, que había amado porque en ellos brillaba el amor. Recordó su máscara de guerra: las cejas pintadas y depiladas, las pestañas rizadas y enchinadas con rímel y la boca roja junto al falso lunar. En aquellos días del bachillerato, tenía dieciséis años, su mirada se regocijaba ante el color ambarino de los ojos de la quinceañera, el deseo había levantado un castillo tan grande que no era posible cubrir ni siquiera con la mirada.

Al salir del baño en su habitación miró el cuadro *Los amantes*, de Magritte: un hombre y una mujer, frente a frente, con las cabezas vendadas por completo. Ahora en plena juventud el temor a las mujeres, marcado a fuego sobre todo por una madre dominante que quería controlarlo e intervenir en toda su vida, lo hacía sentir inseguro ante ellas. La timidez le había impedido confesar su amor a la tierna colegiala de silueta delgada; un amor que le ahogaba la voz en la garganta y lo empujaba a garabatear en su cuaderno «poemas» melcochudos que reflejaban el dolor por la separación en su presencia de la joven. Finalmente, las palabras azucaradas terminarán en la caneca de la basura.

Salió al mirador y con su cámara empezó a fotografiar el paisaje. La fachada de la casa en que vivía con su familia era sencilla, cortada afuera en partes iguales por las lanzas de la reja que enmarcaba el antejardín sobre el que volaba una mariposa azul, con manchas redondeadas en las alas que parecían los ojos del plumaje de un pavo real, que fue a posarse sobre un pavón con flores rosadas y amarillas que también se parecía a una cola de pavo real. Aquella casa nada tenía que ver con las de su infancia, cuando su madre besaba sus párpados y mejillas y lo cuidaba con tal

esmero que la percibía como un hada revestida de aureola azul. El contraste era el desconcierto cada vez que ella le hacía un guiño con picardía, a la vez que fruncía la nariz aguileña; en tal caso, la veía como una bruja de aura enfermiza.

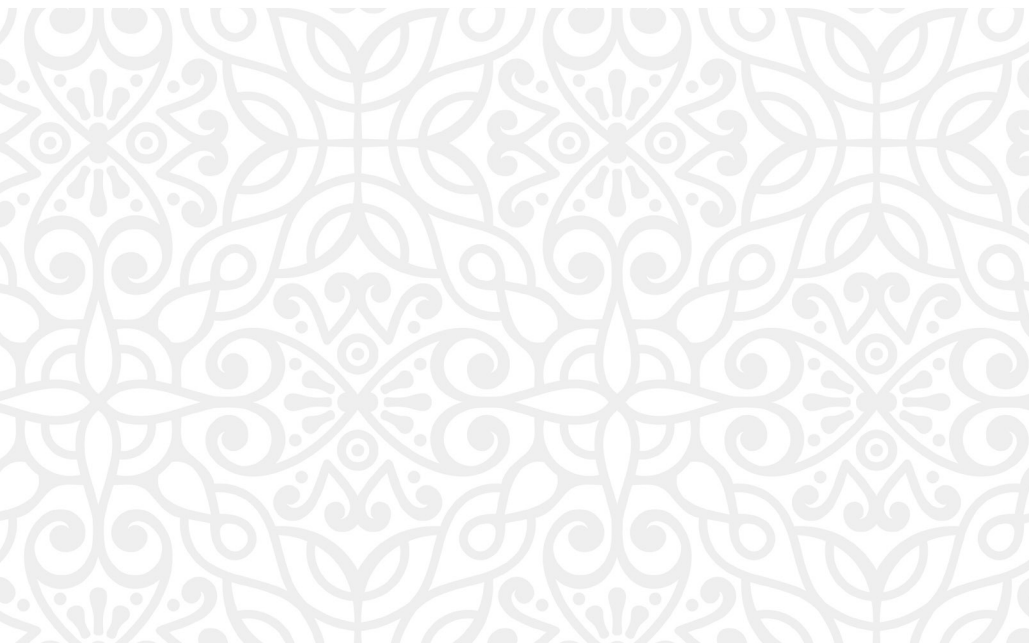
En el mirador tenía en el entrecejo un verso de Miguel Hernández: *Dormimos y despertamos con un tigre entre los ojos*. Gustaba leer poetas sin importarle la mirada en ruinas de los que lloran a sus muertos, o de aquellos que se lamentan ante fieros mancebos que siegan muchas vidas por un simple mendrugo de pan. Quería ser un artista de la cámara, no de la letra, ya que no se imaginaba haciendo parte del universo de poetas de miradas famélicas, miradas somnolientas del alcohol, miradas alucinadas de las drogas, miradas de las pasiones sin freno. Quería conocer más del poder de la mirada, que dice tantas cosas que las palabras no pueden, para ver lo que a los demás se les oculta.



III

RUMBO A LA OSCURIDAD

El ciego no teme a las serpientes.
Proverbio japonés



Veintiuno

La afición de Roberto Matiz por la fotografía empezó desde el instante en que ganó una cámara en una rifa de la escuela. Con ocho años de edad, en el campo pudo comprobar su visión de águila cazando con el tío Vidal en el municipio de La Felicia: avistó a más de cinco kilómetros de distancia una tórtola posada en la rama de un yarumo, hecho que le facilitó la caza a su tío preferido. En este lugar estrenó su cámara.

Al concluir el bachillerato ya no estaba de acuerdo con la caza. Aprendió a desarrollar la mirada mediante la lectura y relectura de un libro de hipnosis a la par de sus estudios de fotografía en la academia. Ante un espejo fijaba la mirada en el entrecejo, sin parpadear, durante veinte o treinta minutos hasta el lagrimeo. A diario hacía ejercicios de respiración acostado, de pie, sentado y caminando. En cada una de esas cuatro posiciones inspiraba el aire por la nariz, sacando el estómago para que el diafragma bajara, lo retenía cuarenta segundos (tiempo que demora el aire en recorrer todo el cuerpo y oxigenar el cerebro), lo expiraba con lentitud por la boca y a continuación inspiraba y expiraba rítmicamente por la nariz. Era malo respirar por la boca.

Conversando prefería mirar al otro en el entrecejo y no a los ojos para neutralizar mejor las vivencias que le pudieran despertar.

Se deleitaba contemplando el esplendor de un ramo de flores, el radiante colorido de unos pericos en un urapán, la oruga que guarda la luz en el lomo para el estreno de sus colores... Así iba enhebrando las perlas en el collar, pero también era consciente de sus limitaciones humanas: la brizna de hierba no había de hacer vanos esfuerzos por convertirse en arbusto.

Quien tenga ojos para ver, que vea, decía.

Partiendo de lo que podía hacer una cámara fotográfica, como detener el tiempo, congelar el espacio, recortar la realidad, aplicaba ángulos de vista insólitos y reveladores, efectos de contraluz, de bruma o de crepúsculo, juegos con luces y sombras de color («Los retratos lo dicen todo sin decir palabra»). Su cámara le permitía capturar un amigo con una expresión inesperada, aprisionar una anciana dándole de comer a una ardilla, apresar los arreboles del ocaso de una tarde de verano, enlazar el efecto de un rayo dorado sobre una pecera; imágenes que utilizó para su exposición individual, titulada «Los hechos de la vida cotidiana», en el salón fotográfico de la Universidad de Mafala, en el barrio Belén.

En sus retratos prefería el gesto limpio, la mirada cierta y espontánea donde se puedan leer el sufrimiento o la alegría. Desde sus primeros retratos pudo comprobar que hay ojos que viven con intensidad siempre y cuando la cara se muestre alegre. Otros tienen una expresión encantadora por la concentración del pensamiento del individuo. La dirección de la mirada del cliente señalaba la distancia que el retrato debía guardar a uno y otro lado. Además, eran importantes la luz y la composición para obtener una foto que siguiera mirando a quien la contempla, por cuanto a cada una le corresponde una historia.

Compartía el laconismo del profesor Sebastián Ahumada quien recalca en la Academia el Oso de Anteojos:

Fotografíen lo que les apasione, solo aquello que llame la atención de sus miradas.

Por su mente desfilaban como punzadas las imágenes fugitivas de las fotografías que nunca pudo tomar por no tener la cámara a la mano; por ejemplo, tres gansos a contraluz en la ribera de un río, unos niños bañados por la luz del atardecer jugando al pistolero en un barranco, un par de guacamayas que un vendedor ofrecía, junto a un semáforo, en compañía de su pequeña hija de mirada ingenua y esperanzada.

Se proponía revelar fotografías que hicieran perdurar el asombro, imágenes de vivos colores y no como las placas amarillentas y descoloridas de sus antepasados en el álbum familiar, en cuyos retratos de infancia volvía a encontrarse con su tristeza de camaleón. En un portarretratos, puesto sobre una mesita de la sala, el retrato desvaído dibujaba la imagen de sus padres con expresión visual inocente, como si estuviesen librados de toda mancha.

Algún día el tiempo también se volverá amarillo sobre mis fotos, le dijo a su hermana Zenobia cuando ella le ayudaba a clasificar fotografías.

En la sala, del acuario llamaban su atención los graciosos movimientos de unos peces de colores y en especial los extraños cambios de matiz; lo mismo que les ocurría a sus ojos sin color propio que adoptaban todos los colores, como si se mimetizaran según lo que estuvieran viendo, de acuerdo con la luz que les llegaba de los objetos. Igualmente los peces se tornasolaban, pues al darles el sol se volvían rosados, azules, verdes, dorados. Y él, de suyo, padecía el fenómeno del camaleón, con un ojo a la

sartén y el otro a la gata, y eran así como el lagarto que cambiaba de tonalidades de acuerdo con las condiciones del ambiente: verde sobre un musgo, gris sobre una piedra, café sobre una rama. Sabía que los peces del acuario reconocían sus movimientos oculares independientes.

Al igual que el abuelo Emilio, demostraba tener un buen ojo para la fotografía. Le conmovía la sufrida vejez de quien siempre llamaban «El ojo divino»: un cáncer le iba entristeciendo su mirada; más un ojo tuerto por un golpe, luego de que dos hombres entraran a su taller fotográfico para robarle la cámara. Con todo, Emilio Matiz fue condecorado por el Gobierno nacional con la Cruz de Boyacá.

Este es un premio que debo agradecerles muchísimo, pero lo importante es que pueda seguir viendo, dijo en la ceremonia.

Si bien el abuelo Emilio Matiz divulgó su visión de fotógrafo en el Museo de Arte Moderno, se dio a conocer por sus imágenes expuestas en el Palacio Nacional de Bellas Artes. Sus niños plasmados en fotos fueron aguadores y trabajadores con sus rasgos indígenas y miradas insondables. Sus ojos pudieron captar la ligadura entre los paisajes del campo y las manos de los campesinos. Tenía credenciales de reportero para varios periódicos y revistas del país. Al cumplir ochenta años de edad el Gobierno lanzó una estampilla conmemorativa en su honor. Al día siguiente murió atropellado por un carro en la Avenida Oriental.

Una enseñanza del abuelo, «Las imágenes hablan por sí solas», no equivalía a despreciar un método. Había captado bien su secreto de ser invisible: la calidad de la inmensa mayoría de fotografías obedecía a la habilidad en pasar desapercibido:

Si la persona que va a retratar lo acepta, la foto sucede, le aconsejó el abuelo.

De modo que el secreto consistía en establecer una relación previa con quien iba a retratar: el otro debía aceptarlo, sentirse cómodo con él y cualquier cosa puede pasar. No era el fotógrafo en sí mismo quien hacía la fotografía, la imagen dependía de la relación con la persona retratada. Sin ser simpático la clientela confiaba en la limpieza de su mirada.

Una idea excepcional del maestro Sebastián Ahumada era fotografiar la destrucción de la naturaleza, incluyendo los depósitos de desechos producidos por las fábricas. Pensaba que la única manera de la especie humana darse una esperanza era mostrar fotos del planeta en estado más puro, única forma de comprender lo que debemos preservar.

Roberto sabía que los animales no son tan peligrosos como los pintan, puesto que con el paso de los años había convivido con animales salvajes durante meses, había conocido sus costumbres y necesidades aplicando así al reino animal su técnica de establecer contacto con el fotografiado antes de retratarlo. Aunque vivía despreocupado del éxito («La fama es una peste»), sus fotografías y reportajes aparecían en diarios y revistas del país y del mundo, ilustrando su estadía en la Antártida de pingüinos y albatroses, instruyendo sobre su amistad con una ballena en los mares de la Patagonia, mostrando la sabiduría de filósofo en la mirada de una tortuga de trescientos años en las islas milenarias del archipiélago de Galápagos, aleccionando acerca de los hábitos de una familia de gorilas de dorso plateado en las montañas de Virunga en el África.

Su perfeccionismo le impedía fotografiar si la luz y la exposición no eran perfectas. Y a juzgar por la calidad de sus fotografías, su capacidad de mimetizarse como el camaleón en sociedades desconocidas lo hacía convertirse en ballena, pingüino o simio; podía comportarse como ellos después de observar en detalle sus movimientos.

Quería el contacto con la naturaleza en su estado más puro, estudiar la relación de los indígenas con ella. No solo había heredado el talento para la fotografía, también se lo había apropiado mediante el aprendizaje de la técnica. Además de la visión cosmopolita heredada de sus antepasados.

Treinta

Luego de presenciar el eclipse solar, la multitud se desperdigó con su barullo como una estrella que explota y provoca una diáspora de luces. A Roberto le bastaba con cerrar los ojos y moverse para saber lo que significa estar desorientado; mas ahora, llevando de la mano a Zulay, estaba *realmente* desorientado. Los esperaban las sombras, la desgracia de ya no poder apreciar la bella arquitectura de Mafala. Con seguridad anhelarían verse entre el resplandor de la luz eléctrica. En parte se les había acabado el mundo, ahora que regresaban a tuestas en penoso avance, descifrando paisajes en la sombra.

¡Nos hemos quedado ciegos!, dijo ella sollozando.

¡Ahora sí nos tragó la tierra!, dijo él.

Cuando el sol fue eclipsado por completo una aureola luminosa, la corona solar, se extendió mucho más allá que todas las irregularidades del disco. La oscuridad causó miedo a muchos espectadores; una mujer se arrodilló, levantó los brazos al cielo y emitió un susurro como hablándole a un Creador. Las vacas desfilaron hacia el establo, las chicharras cesaron su estridulación monótona, las cigarras no ahorraron sus quejidos, los bosques se llenaron de murmullos nocturnos, los bombillos se prendieron en las casas campesinas, los cocuyos brillaron con la lumbre que titilaba, las gallinas subieron a dormir

a los árboles y los grillos empezaron a emitir su carraspeo lastimero dándole serenata a la luna.

Transcurridos los tres minutos y cincuenta y ocho segundos de noche en el día, una luz ambarina empezó a renacer por entre los ramajes. Amanecía por segunda vez en el mismo día. Como si el alba despuntara los pájaros trinaron de nuevo, las chicharras empezaron a estridular, las luciérnagas no lanzaron más destellos, los grillos dejaron de hacer sonar su cascabel, a lo lejos se oyó un gallo reventando su canto y las cigarras cesaron su voz estridente que hacía temblar las ramas.

La multitud que había colmado el potrero vio que el astro rey se transformaba en un aro que giraba sobre su eje, despidiendo múltiples colores que iban desde el azul hasta el rojo como una rodachina. Pero este espectáculo ya no pudo verlo nuestra pareja, pagando las consecuencias de ver el eclipse a ojo desnudo. No, no eran los tiempos de la Edad de Piedra cuando los salvajes podían ver a ojo pelado un eclipse, si bien sentían terror ante el fenómeno, pavor ante la caída de un aerolito, pánico ante el sol que se escondía en el horizonte, susto ante el grito lastimero de las fieras en la noche atravesada por la soledad y los espejismos.

La pareja había cometido el error fatal de ver el eclipse sin gafas protectoras. Ya no les alumbraría un mismo sol ni para ellos existiría un mismo cielo.

Hubiera preferido quedarme sordo, dijo Roberto.

¿Será este el maldito destino que nos merecemos?, preguntó Zulay con los ojos desorbitados, levantando las cejas, arrugando la frente, sin ocultar una intensa angustia.

A pesar de llevar lentes oscuros, ¿cómo era posible que hubieran decidido observar el fenómeno celeste sin protección alguna? ¿Qué culpa o impulso autodestructivo

los llevó a mirar de frente el sol hasta quedar cegados por una mancha oscura orlada en fuego? La ceguera negra de Roberto será permanente mientras que Zulay tendrá mejor suerte, pues su invidencia era parcial. Y él, que se sentía el lazarillo de los demás, que era como un reportero de curiosidad insaciable para escudriñar hasta el suceso más trivial, nunca más volvería a hacerlo, como si el alca-traz ciego que se detuvieron a contemplar en Arboletes hubiese sido un cruel presagio, como si hubiesen tenido un carácter profético las palabras de la anciana, ataviada de negro como un gallinazo, que muchos años antes le dijo a la salida de la escuela: «Niño, en tus ojos veo la oscuridad».

La pareja descendía por la montaña que ya no podía apreciar entapetada de verde biche («¿Para qué luz si no hay ojos?»), ni sus ojos podían reflejar la dulzura del cielo. De manera que tendrían que irse acostumbrando al olor sordo de la ceguera y ya no solo a la ceguera de amor como en *Los amantes* de Magritte, el cuadro que había adornado la habitación de Roberto, con un hombre y una mujer frente a frente, los rostros vendados por completo. Era una ironía cruel del destino que a quien llamaban Argos, ojo de águila, El genio de los mil ojos, terminara sumido en tinieblas.

Ahora más que nunca Roberto Matiz quería ver, pero no podía. Entonces comprendió aquello de que a las cosas se les da su verdadero valor cuando se pierden. La pareja tuvo que limitarse a oír el suave rumor de las ramas de los árboles balanceándose en una brisa. Condenados a vagar entre sombras, Roberto no sentía diferencia alguna del personaje deforme, patizambo, casi totalmente ciego y mudo de *El jorobado de Nuestra Señora de París*, la primera película que vio en su vida.

Sí, habría preferido ser mendigo en vez de rico antes que perder el prodigio de la vista. «Cuide sus ojos, son el más bello tesoro», decía a la entrada de la óptica de su padre Alfaro, advertencia que de nada le sirvió. El intenso sufrimiento por su nuevo estado le hará entender en carne viva que no se puede ver más que por la ceguera, conocer más que por el desconocimiento, comprender más que por la ausencia de razón. Algo así como volver a empezar desde una apertura ¿total? ante el mundo.

La mirada clarividente y camaleónica del genial fotógrafo nunca más vería:

—Miradas.

—Una mirada.

—La mirada tierna.

—La bella niña de ojos azules.

—La mirada que hace sufrir mucho.

—Los reflejos vacilantes de la hoguera.

—Millares de bombillos iluminando el barrio.

—El día filtrándose por las rendijas de una puerta.

—La mirada que derrite hasta el corazón más duro.

—La polvorienta aspa del faro en la bruma nocturna.

—Los miles de parpadeos en las laderas de los barrios.

—El atardecer filtrándose por las cortinas entrecerradas.

—Un sujeto de mirada extraviada en sus propias ideas.

—Unos ojos como ahogados en una desilusión sin límites.

—La mujer que responde con ojos ardorosos de sufrimiento.

—El adolescente que sufre como un niño cuando lo miran.

—Las bujías derramando un beso suave sobre los muebles.

—El anciano que utiliza una lupa para leer el periódico.

- La señora que mata el tiempo mirando por la ventana.
- El roce de una mano delicada sobre unos ojos cerrados.
- La ciudad en la noche como un firmamento de estrellas.
- Unos grandes ojos cafés que miran sin ver unas azaleas.
- El hombre que goza contemplando los bucles de un cabello.
- Una pareja de pájaros llevando pajitas para fabricar el nido.
- Una muchacha del servicio en la ventana mirando ociosa la calle.
- La persona que al sentarse dirige su mirada fija a cualquier parte.
- La mujer que derrama lágrimas que más tarde seca con un pañuelo.
- El sujeto que ha sufrido mucho porque ha visto tantas cosas en su pueblo.
- El hombre que levanta la cabeza mirando a su alrededor como para buscar la causa de su padecimiento.
- El novio que se colocaba frente a su novia para verla mejor y se perdía en aquella contemplación que ya no era dolorosa a fuerza de ser tan profunda.

En fin, ya no vería aquellos matices que quedaron concentrados en sus pupilas, sin que él lo supiera, en especial durante la infancia. En una palabra, este hombre que tenía la virtud sobrenatural de leer en las miradas las imágenes que pasaban por aquellas mentes, que podía ver como un todo las miríadas de impresiones sueltas que ocurrían alrededor suyo, ya no era un farol lanzando destellos en la niebla. Al genio le podemos aplicar las palabras del poeta:

LA MIRADA

*Para saber qué es la luz
miré de frente el sol.
Quedé ciego: ¡la luz
es blanca oscuridad!*

Por fortuna, al igual que Edipo Rey contaba con un ojo de más: el ojo del alma, dado que *aun cuando a un hombre le falten los ojos no significa que no tenga mirada*. Roberto Matiz Fuentes no podía escuchar un caimito rojeando cuanto que su secreto era escuchar la flor viendo su color. Ya siendo invidente, en adelante más que nunca será vidente.

Contenido

I	El nacimiento de una genialidad	
	Uno	11
	Dos	17
	Tres	23
	Cuatro.....	29
	Cinco	35
	Seis	41
	Siete.....	47
	Ocho.....	53
	Nueve	59
	Diez	65
	Once	71
	Doce	77
II	Obra y milagros de nuestro personaje	
	Trece	85
	Catorce	91
	Quince	97
	Dieciséis	103
	Diecisiete.....	109
	Dieciocho.....	115
	Diecinueve	121
	Veinte.....	127
III	Rumbo a la oscuridad	
	Veintiuno.....	135
	Veintidós	141
	Veintitrés	147
	Veinticuatro	153
	Veinticinco	159
	Veintiséis	165

Veintisiete.....	171
Veintiocho.....	177
Veintinueve.....	183
Treinta.....	189

RUBÉN LÓPEZ RODRIGUÉ

Nació en Santa Rosa de Cabal (Colombia), pero es antioqueño por familia y formación. Fue fundador y editor de la revista cultural *Rampa*. Hizo estudios inconclusos de antropología y sociología. Tuvo una columna sobre Medellín en El Muro, la guía cultural de Buenos Aires. Hizo parte del staff de la revista literaria *Oxigen* de España y de la revista internacional de arte y cultura *Francachela* de Argentina-Chile. En la actualidad hace parte del staff de la revista *Archipiélago* de México y de la página web *Resonancias*, de Francia. Ha sido colaborador en distintos medios escritos del país y el exterior.

Es autor de los libros *La estola púrpura* (cuentos), *Las heridas narcisistas de la humanidad* (ensayos), *El carnero azul* (fábulas), *Flor de lis en el País de la Mantequilla* (novela infantil), *Gorito el abusón* (novela juvenil), *La mirada* (novela).

rldr@une.net.co

Textos
Urbanos

LA MIRADA

Este libro se terminó de imprimir en CPT express S.A.S, en noviembre de 2018.
Fuentes tipográficas: *Minion Pro* para texto corrido, en 12 puntos,
para títulos en *Adobe Caslon Pro* en 15 puntos y subtítulos.